



Sin Cobertura por Jordi Llorens

Soy abogado y trabajo para una compañía de seguros. Mi trabajo es comprobar la veracidad de los siniestros antes de que mi empresa tenga que desembolsar el importe de la prima. Ya sabéis, hay mucha gente amiga del fraude. El caso que tengo entre manos no es especialmente complicado, pero he dedicado tantas horas que ya tengo ganas de cerrarlo. Morgan&freemann, mi compañía, quiere pruebas. Antes de pagar un seguro de vida necesitamos encontrar el muerto. Los muertos en este caso.

Estoy en la entrada del sanatorio mental donde está ingresado el principal sospechoso. Permittedme que lo denomine así, en realidad es el único superviviente y el principal beneficiario del seguro. Hace veinte minutos que intento hablar con la oficina central, pero el teléfono móvil no tiene cobertura. El recepcionista me mira como si fuera tan loco como los que están adentro. Tengo el móvil en la oreja, paseo arriba y abajo, giro sobre mí mismo, hablo, grito, pierdo los nervios, miro fijamente las nubes como si tuviera el poder de localizar los satélites de comunicación. Nada, no hay manera, lo dejaré para más tarde.

El recepcionista cree confirmar sus sospechas sobre mi salud mental cuando pregunto por el doctor Ballesteros.

-Soy abogado -añado para que no me confunda con un posible residente.

-Tenemos muchos abogados encerrados aquí.

Mientras espero que venga el doctor echo una ojeada. El recibidor es amplio y confortable, lleno de butacas y mesitas por todas partes. En mitad de la sala una mesa de recepción y el simpático recepcionista. Las paredes son de vidrio y nada hace pensar que sea un centro de salud mental. Por la parte que da al interior se ven jardines, espacios verdes y mucha tranquilidad. No he visto, en el rato que llevo esperando, ningún enfermo ni a nadie que parezca estarlo; sólo algunas enfermeras y doctores envueltos en largas batas blancas. En recepción me dicen que los enfermos están en las partes interiores del edificio, donde nadie los pueda molestar con miradas indiscretas. No soy demasiado susceptible, pero me ha parecido que subrayaba «miradas indiscretas». Definitivamente, no nos hemos caído bien.

La llegada del doctor Ballesteros salva la situación. Tras las presentaciones le explico el motivo de mi visita.

-No sé si le podremos ayudar -me dice abriendo los brazos en un gesto de impotencia-, aunque será mejor que lo vea usted mismo.

El recepcionista me proporciona una tarjeta de visita. Una de aquellas tarjetas con una "V" de color rojo, que se coloca en la chaqueta con una pinza.



-Por favor, no la pierda -me recomienda el recepcionista-, sino no podrá salir. Pensaremos que es un paciente que se quiere escapar.

Su cínica sonrisa me pone los pelos de punta.

-No le haga caso -dice el doctor Ballesteros-, es la broma que gastamos a todos los que nos visitan.

En cualquier caso, me aseguro muy bien la pinza en la chaqueta.

A medida que nos adentramos en el sanatorio, éste parece más siniestro.

Se lo hago notar al doctor.

-Sí, es cierto -dice el doctor-. La entrada es muy acogedora para que los pacientes que ingresen no tengan la sensación de que los encerramos en una prisión. Ahora estamos entrando en el edificio viejo y ya empieza a tener el aspecto de un centro de salud mental, ¿no le parece?

Ciertamente. Las paredes de vidrio y los espacios verdes se habían convertido en paredes de piedra, puertas metálicas y barrotes.

-Esta es la parte de los enfermos peligrosos -me aclara-. No se preocupe, los tiempos han cambiado. No haga caso de estas viejas paredes. Somos un centro moderno. También encontraremos zonas verdes, queremos que los enfermos estén tranquilos.

A pesar de la aclaración, no estoy demasiado tranquilo. Tengo la ropa pegada al cuerpo y las manos húmedas de sudor. Tengo ganas de salir corriendo.

-¿Es peligroso? -pregunto.

-¿Quién, Jaime? No, todavía no ha atacado a nadie. Es muy pacífico.

-¿En qué estado llegó?

-Más muerto que vivo. Completamente deshidratado y desvariando.

-¿Dijo algo que pueda servir para la investigación?

-No sabría qué decir, no se le entendía demasiado bien. Decía algo relacionado con la música.

-¿Con la música?

-No sé qué de una canción.

-Que extraño? ¿Está seguro?

-Completamente.

-¿Y cómo está ahora?

-Mejor, pese a las circunstancias. Cuando recuperamos su cuerpo, perdimos su alma. Dejó de hablar y no quería que nadie dijera nada delante de él. Se pasaba los días con una mano en la oreja, como hacen los sordos, intentando escuchar algo. Pidiendo silencio con el índice pegado a los labios, o renegando, o implorando.

-Que curioso. ¿Todavía está igual?

-No. Desde que le receté paseos por el jardín parece que va un poco mejor. Los primeros días todavía iba con la mano pegada a la oreja, pero hace un par de días, desde que visitó el patio de la fuente, ya no lo hace. Todavía no habla demasiado, pero se le ve más tranquilo. Quizás dentro de un tiempo lo podremos recuperar al cien por cien.



-¿Usted cree que querrá decirme algo?

-Nunca se sabe. Quizás una cara nueva le motive.

-¿Cómo es que tienen una fuente?

-Es parte de la terapia. Lo llamamos cura de aguas. Nos dimos cuenta de que el ruido del agua tranquilizaba mucho a cierto tipo de enfermos. Además, en la parte vieja del sanatorio una fuente disimula el aspecto de prisión de las paredes.

-Tiene razón.

-A nuestro paciente, Jaime, le ha ido muy bien. Es hombre de mar, ¿sabe?

-Sí, pescador y armador de un pesquero, "La Montserrat". Lo encontraron a la deriva, solo, encerrado dentro del barco. Estuvo más de cuatro días. Ya los daban por perdidos o hundidos. El resto de la tripulación había desaparecido. Por eso estoy aquí.

Nos paramos delante de unas rejillas de hierro. Al otro lado había un celador sentado detrás de una pequeña mesa. Se intercambiaron unos saludos.

-¿Un enfermo nuevo, doctor?

Me apresuré a enseñar mi pase de visitante, ante las risas de los dos hombres.

Jaime Sinera es un hombre de mar de toda la vida. Proviene de una larga estirpe de pescadores: su padre, su abuelo y su bisabuelo también lo eran. Tiene la cara ennegrecida por el sol y la piel reseca por el viento y la sal. Las arrugas de su cara son debidas a las inclemencias de su trabajo, no al paso del tiempo. Una gorra de paño azul marino con bordados en negro corona su cabeza. Nadie recordaba haber visto a Jaime sin gorra, ni siquiera su mujer.

Jaime tiene un buen barco, La Montserrat, un arrastrero de dieciocho metros de eslora y mil caballos de potencia, del que todavía está pagando letras al banco. Está preocupado, hace días que no pescan nada. Se pasa las horas mirando la pantalla de la sonda, buscando pescado. Sus hombres también están nerviosos, si no pescan no cobran. Es la ley del mar. Tampoco es nada anormal, de vez en cuando el pescado se va, nadie sabe dónde.

La sonda, de pronto, indica cierto movimiento bajo las aguas. Se da la orden de tirar las redes. Los hombres empiezan una actividad frenética. Van soltando la red con mucho cuidado hasta que llegan a las dos puertas de madera que mantendrán la red abierta bajo el agua. Todo se hace con mucha precisión. Los cabos y cables deben tener la tensión justa, la separación adecuada. La velocidad de la nave baja hasta los tres nudos, que es la velocidad de arrastre. Todo ha ido bien. La inmensa red navega sumergida a más de cincuenta metros de profundidad emulando a una gigantesca ballena. La boca de este ser, de fibra de nylon y con una hilera de flotadores en vez de dientes, engulle sin descanso las víctimas de su ciega glotonería enviándolas hasta la parte más apretada de la red.



Jaime da por buena la maniobra y cuando observa que han pasado por la zona señalada por la sonda da la señal de halar la red. Ésta tiene unos ganchos que sirven para subirla a bordo y vaciar el pescado sobre cubierta. La maniobra de izado se hace con más cuidado que el lanzamiento, pues hay peligro de que se abra la red antes de tiempo y de perder toda la captura.

-¡Con cuidado, chicos!

Este tipo de red se usa para pescar especies bentónicas que viven en el fondo del mar: merluza, lenguado, gamba, pero no hace distinciones y captura todo lo que encuentra en su camino. De vez en cuando pescan tortugas, algún atún despistado, peces luna y otros sin valor comercial o protegidos. Los tiran al mar lo más rápido posible, pero muchos de ellos acaban muriendo antes. Es el precio que hay que pagar para alimentar a los hombres.

-Parece que hemos pescado algo.

-¡Un atún!

Jaime hace una mueca de contrariedad, sólo le faltaría que se le rompieran las artes. Las gaviotas rodean el barco, atraídas por el olor que surge de la red. Estas impertinentes pedigüeñas del mar aparecen siempre que sacan pescado del agua. Se juntan por centenares y persiguen su botín con insistencia, dando por hecho que Dios hizo el hombre para alimentarlas. El grito de las gaviotas amortigua el ruido del motor de gasoil, acelerado para dar fuerza a las poleas que enrollan los cabos que acercan la red.

La red late con reflejos plateados mientras se mece levemente sobre la cubierta del pesquero. De entre la malla se escurre la sustancia oceánica, un chorro líquido al principio, mezclada con peces cuando un pescador abre la red. Van con botas de goma hasta las rodillas, pisando el fruto escurridizo que lucha por sobrevivir en un medio que ya no es el suyo.

Un enorme pez está inmóvil en medio de la danza mortal de sus congéneres más pequeños. Está retorcido y medio enterrado entre kilos de pescado pequeño que después tirarán por la borda. Los pescadores pasan de la alegría a la sorpresa. Jaime desde el puente de mando mira con curiosidad.

-¿Qué clase de pez es ese? -se pregunta- no he visto nunca nada parecido.

Un pescador se agacha y empieza a quitar pescado de encima de la gran pieza. Pero al poco se retira asustado.

-¡Dios mío!

El pez se ha movido. Ha dado un golpe de cola muy violento y ha conseguido desenterrarse de la montaña de pescado. Todos han enmudecido. Están asustados. Nunca habían visto nada parecido. Sobre la cubierta hay una insólita pieza que los mira sin parpadear con ojos acuosos.

-¡Una sirena!

Está sentada sobre su cola y mira a su alrededor, buscando una escapatoria. Este ser está muy lejos de asemejarse a los románticos



grabados que representan bellas chicas, mitad peces mitad bellezas de ensueño, que cantaban por atraer los marineros y estrellarlos contra los escollos de la costa. Sólo basta una pequeña ojeada para darse cuenta que la belleza no es su principal virtud.

La sirena tiene la piel muy parecida a los delfines: lisa y resbaladiza, sin escamas. Es de color azul oscuro menos la barriga, que presenta un color gris claro. La cola es como la de un tiburón y tiene aletas dorsales retráctiles, como el pez espada. La viva estampa de un depredador marino. Los brazos son de aspecto humano en la forma, no en la piel. Las manos son palmeadas y con largas uñas. La cara con los ojos en la parte frontal; seguramente para calcular mejor la distancia antes de atacar. La boca es puntiaguda, los labios delgados, sus dientes afilados como agujas. La nariz, aspecto bastante curioso de la bestia, son dos agujeros encima de la boca con una especie de membrana que se cierra después de respirar. En una observación más cuidadosa se puede ver las branquias en el cuello; lo que hace pensar que es un animal anfibio. Unos pequeños agujeros a los lados de la cabeza señalan la posición de las orejas. Sobre la cabeza una especie de hilos negros y gruesos forma una cresta. Es la prolongación de la aleta dorsal. Está replegada.

El tiempo se ha parado a bordo del arrastrero. Todo el mundo mira la bestia mitológica, que sentada en cubierta y aguantándose medio derecha, con la ayuda de una mano, los observa.

-¡Una sirena! -repiten una y otra vez los pescadores.

Decir «una» es más una suposición que una constatación. Exteriormente, no hay ningún signo que delate el género. Ni pechos exuberantes ni un sexo definido, ni facciones femeninas. Se dice «una» por decir algo.

-Nunca había visto nada parecido.

-¡Es cierto, es cierto, existen!

La tripulación se va excitando. La mirada ya no es de sorpresa sino de codicia.

-Nos haremos ricos -dice un pescador acercándose a la sirena.

La bestia acuática emite un pitido dulce, entre el canto de un pájaro y el maullido de un gato. La mano del pescador se acerca con precaución, quiere tocarla. La aleta dorsal se levanta a la misma velocidad que la mano se aproxima. El pitido se hace más agudo y treinta centímetros antes del contacto el anfibio salta directo al brazo que se acerca. Las zarpas se clavan y los dientes muerden arrancando un trozo de carne.

-¡Cuidado!

Demasiado tarde. Ha sido un ataque rápido. La bestia se retira arrastrándose por la cubierta. El pescador herido cae sobre la cubierta, cogiéndose el brazo mordido.

-¡Maldita bestia, matadla! -Dice en una mezcla de odio y de dolor.

Jaime lo ha visto todo desde el puente. Para las máquinas, dejando el barco a la deriva, y baja corriendo a la cubierta.



-¡No le hagáis daño, no le hagáis daño!

El silbido de la sirena empieza a modularse en una melodía. Tiene las aletas dorsales y de la cabeza levantadas en una especie de advertencia. Mira a su alrededor sin perder de vista a los pescadores que empiezan a rodearla. Actúan con precaución: traen barras de hierro y hachas; no se quieren arriesgar como su compañero. Jaime llega gritando e intenta detenerlos.

-Esa bestia nos ha atacado.

-Está asustada -dice Jaime-. ¿Es qué no lo veis?

-Es peligrosa y debemos matarla. ¿No recuerdas las leyendas? Estas bestias han matado a muchos marineros.

-Eso no lo sabemos con certeza. Son historias de viejas.

-Más vale no arriesgarse.

-Es un hallazgo muy valioso. No la podemos matar -insiste Jaime.

-Viva o muerta, qué más da.

-Mejor muerta, así no representará ningún peligro.

-No lo voy a permitir. Soy el patrón y os mando que la dejéis viva.

Intenta desarmar a sus hombres sin conseguirlo. El herido no para de chillar y pide a sus compañeros que maten la sirena.

-Mirad qué me ha hecho. ¡Matadla de una vez!

Tres de los cinco marineros miran a Jaime. El más viejo le dice:

-Patrón estamos en un pesquero. Pescamos peces desde que hemos nacido y eso es un pescado más, y muy peligroso. ¿Qué le pasa?

-Tengo un presentimiento. Sería mejor devolver la sirena al mar y olvidarnos de todo.

-¿Y perder todo el dinero que vale? Ni hablar, patrón, la cosa no está para desaprovechar esta ocasión. Tenemos que aprovechar lo que la buena suerte nos ha traído.

-Esto no acabará bien. Tengo un presentimiento -advierte Jaime.

-Patrón, tenemos familias que alimentar. Hace días que no llevamos dinero a casa.

-Dejad que la sirena se vaya.

Los pescadores se miran en silencio, no están dispuestos a perder esta oportunidad. Los dos pescadores que vigilan la sirena empiezan a dar señales de estar aturdidos.

-Chicos, esos silbidos me están poniendo nervioso.

La sirena sube y baja las aletas al compás de la melodía. La cabeza se mueve circularmente y los ojos sin párpados miran fijamente, ahora a uno, ahora a otro.

-¡Chicos!

Uno de los pescadores siente que la barra de hierro le empieza a pesar demasiado y baja el brazo. Se pasa la mano por los ojos intentando apartar un velo invisible.

-No me encuentro bien.

-¡Chicos, venid aquí!



El pescador más viejo decide que todo irá mejor si el patrón no molesta.

-Encerradlo.

-¡Os equivocáis! No la matéis o la mala suerte no os abandonará nunca - grita Jaime desesperado.

Los pescadores parecen titubear durante un momento, pero la promesa de una buena recompensa desvanece sus dudas. Lo encierran en un pequeño compartimiento debajo del puente, el cual sólo tiene un acceso y un pequeño ojo de buey. Traban la cerradura con una barra de hierro y vuelven a terminar el trabajo. Jaime golpea la puerta y las paredes. Sus gritos quedan amortiguados por la plancha de hierro. Sólo puede mirar a través de la pequeña ventana.

El hombre de la barra está en cuclillas, no tiene fuerza para levantarse.

-Ayudadme, no veo nada. Todo está oscuro.

El herido hace rato que no se mueve ni se queja. Tiene los ojos vidriosos y mira al vacío. Está rígido y un hilo de baba le resbala por la barbilla.

La sirena maúlla muy agudamente una melodía que aturde. Una canción que se mete dentro del cerebro y no permite pensar con claridad. Las hachas y las barras de hierro han caído sobre la cubierta. Las manos están ocupadas en taparse las orejas.

-¡Maldita sirena!

-Debemos matarla cómo sea.

Se empiezan a sentir otros maullidos alrededor del barco.

-Hay más sirenas nadando alrededor del barco.

Una docena de sirenas rodean el pesquero. Inician un canto acompañando el maullido de la que está en cubierta. La melodía se hace insoportable.

-No puedo más -llora uno de los pescadores.

Jaime dentro de su prisión es víctima de la maldita melodía. No puede soportar el dolor que se le ha metido dentro de la cabeza. Se golpea contra las paredes de hierro, intenta salir sin conseguirlo.

La sirena cambia de melodía y dirigiendo la mirada a uno de los pescadores le dedica una serie de silbidos. Los va repitiendo hasta que el hombre se levanta y tropezando con todo lo que encuentra en su camino se dirige hacia la borda. Al llegar se deja caer al agua dónde le espera una sirena. Así una y otra vez hasta que todos los pescadores, incluido el herido, caen al mar donde se hunden ayudados por los extraños seres cantores. Jaime lucha por salir de su prisión. Los pitos que le dedica la sirena sólo consiguen que se dé más golpes intentando atravesar el hierro como si fuera un fantasma. Tras un rato de locura llega la paz y el silencio. Se deja caer agotado y con la sensación de algo inacabado.

-¡Está vivo!

Son las primeras palabras que escucha Jaime cuando sale de la negrura.

-Avisa por radio, hay un superviviente. ¿Se encuentra bien?

El run run del motor de gasoil le trae extraños recuerdos.



-¿Qué ha pasado, dónde están los demás? -Insiste una voz a su lado. Nota un pinchazo en el brazo -Está deshidratado. Escuche. ¿Qué ha pasado? ¿Me oye?

-La canción, todo es culpa de la? -dice con un hilo de voz.

-¿Qué dice? ¿Qué canción?

-La canción, tened cuidado con?

-Está trastornado, le pondré un sedante.

Jaime siente otro pinchazo y todo se vuelve negro. Antes de la oscuridad absoluta oye de forma muy lejana: «hace cuatro días que los buscan? Es el único superviviente?»

La habitación es extremadamente blanca, una ventana a los pies y una puerta cerrada son todo el paisaje.

-¿Dónde estoy? -se pregunta Jaime cuando se despierta.

Intenta incorporarse, pero le duele todo el cuerpo. Intenta recordar cómo ha llegado hasta allí. Una melodía le viene a la cabeza y se le borra enseguida.

-Esa canción? No recuerdo dónde la he oído.

La puerta se abre, entran un hombre y una mujer vestidos de blanco.

-¿Cómo se encuentra hoy? Nos ha tenido muy preocupados.

Mientras el hombre de blanco charla, la enfermera le toma la temperatura, la tensión y va llenando datos en una especie de gráfico que cuelga a los pies de la cama.

Jaime está muy desorientado y no sabe responder a las preguntas que le plantean.

-¿Los otros? ¿Qué otros? No sé de qué me habla, doctor. No recuerdo nada, salvo una canción, una especie de música?

-Hum, tiene amnesia. No se preocupe le daremos algo para ayudarlo. ¿Necesita algo antes de que nos vayamos? ¿La ventana? ¿Quiere que la abramos?

Se queda solo con la ventana abierta. Intenta relajarse, quiere dormir algo más. La canción le viene a la cabeza otra vez.

-No son imaginaciones mías, la escucho? ¿De dónde viene?? La ventana? Seguro? Alguien la canta, pero que débil la oigo, tiene que estar muy lejos.

Jaime coloca su mano en la oreja como hacen los sordos.

-Debo encontrar de dónde viene esta melodía? Necesito saberlo.

-¿Cómo está el paciente de la treinta y cinco?

-Bien, es su hora de paseo. ¿Pasa algo?

-Tiene visita.

El celador me mira con curiosidad.

-¿Familia? -Me pregunta.

-De la compañía de seguros -explico.

Ahora la mirada es de asco.



-¿Por qué no dejáis tranquilos a los enfermos?

No contesto, no tengo ganas de discutir, cada cual tiene su trabajo. El doctor me indica un pasillo.

-Por aquí por favor.

A la derecha hay una puerta doble de vidrio. La traspasamos. Afuera hay un jardín muy acogedor. Es una especie de patio interior rodeado de paredes y ventanas. Cuatro árboles altos acogen pájaros de todos los tipos. Sobre nuestras cabezas, a una altura de cuatro pisos se ve el cielo. Es un sitio muy acogedor. A la derecha se oye el ruido del agua de una fuente. Hay una paz y una tranquilidad sorprendente. No vemos a nadie.

-Qué extraño -dice el doctor Ballesteros-, debería estar aquí.

Andamos por el sendero que lleva a la fuente. El chorro sale de la boca de una figura de piedra y cae con un rumor de cascada. Ya estamos casi al lado de la fuente cuando el doctor da un grito y sale corriendo en busca del celador

-¡Dios mío!

En el fondo de la fuente está Jaime flotando cabeza abajo. Lleva puesta una gorra azul marino con bordados negros. El chorro de agua cambia de sonido cuando cae sobre el cuerpo del ahogado. No se puede hacer nada, debe hacer rato que está muerto. Oigo música. Miro la fuente buscando la procedencia, pero no es la fuente. La música sale de mi bolsillo, es el móvil. Vuelvo a tener cobertura. Miro quien llama antes de contestar. Es de la oficina. Descuelgo sin saber cómo les explicaré lo que ha pasado. Mientras tanto una sirena de piedra, sentada sobre una fuente, continúa cantando con notas de agua sobre un marinero muerto.

Autor: Jordi Lopesino, Mataró, España.

Publicado en: Terror Cósmico, Libro Andrómeda nº.13

Hyperspacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la obra "Sin Cobertura" en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.